

NOTAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

Artículos

**VALPARAÍSO, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973
EL TESTIMONIO DE UNA DERROTA**

Jorge Pinto Rodríguez

Universidad Católica del Maule, Chile

jorge.pinto@ufrontera.cl

<https://orcid.org/0000-0002-9699-7671>

Recibido el 3 Enero 2024 Aceptado el 18 de Febrero 2024

Páginas 1-21

Introducción

Con los años los recuerdos se hacen difusos. Detalles de acontecimientos que permanecían indelebles, se confunden. Se olvidan. Nombres, rostros y vivencias compartidas quedan atrapados en una niebla que con dificultad logramos disipar. Sin embargo, algunos sucesos tienen tal gravitación en nuestras vidas que las alegrías o dolores que provocan siguen latentes. Las alegrías son nuestro refugio cuando los infortunios aparecen de súbito en la vida; los dolores son lacerantes cuando las heridas que provocan no cicatrizan. A 50 años del golpe de Estado, lo ocurrido ese fatídico 11 de septiembre de 1973 significó, para quienes acompañamos con entusiasmo el proceso que encarnó el presidente Salvador Allende, el término de la esperanza de vivir en un Chile más justo, más solidario y sin aquellos bolsones de pobreza que caracterizan a nuestro continente.

Fueron las esperanzas que se abrieron el 4 de noviembre de 1970 cuando Allende fue ratificado como Presidente de Chile por el Congreso Nacional. Revisando los diarios de la época, *La Unión*, de Valparaíso, un diario que había sido muy conservador cuando dependía del Obispado, ya en manos de los trabajadores en 1970, resumió en los titulares de su primera página lo que significó ese acontecimiento. “¡Asumió el Chico!” fue el título más importante de su portada, con una bajada que agregaba: “Hoy se abren las puertas de la historia”. En la misma portada se incluyó una nota de saludo de Tencha Allende a los periodistas y compañeros del diario por su apoyo al proyecto popular. Ignorábamos en ese momento la tragedia que vendría más adelante que provocó tanto dolor en Chile y que en estos meses de 2023 se han sentido tan intensamente porque, a pesar de los daños que ocasionó la dictadura, engeguccida por el consumo y ciertos logros del neoliberalismo, una mayoría inesperada ha vuelto a confiar en aquellos grupos políticos que provocaron el quiebre de nuestra democracia.

Por lo mismo, escribir desde la memoria lo que ocurrió hace 50 años, sumado a otras razones, no es tarea fácil, más aún para un historiador. En primer lugar, porque recordar es siempre recortar; y, en segundo lugar, porque el relato se mueve entre mutuas desconfianzas. La historia no le cree a la memoria; y la memoria desconfía de la historia. Es un dilema que no tiene solución, agravado cuando quien relata lo acontecido no fue un protagonista imparcial. Sus compromisos y lealtades políticas tiñen sus mensajes y esto debemos asumirlo. Por lo tanto, no reclamamos objetividad, simplemente tratamos de retornar a los hechos desde el lugar desde donde los observamos, desde nuestro compromiso con el gobierno de la Unidad Popular y lo que consideramos una de las grandes tragedias vividas en los 200 años de vida republicana a partir de ese 11 de septiembre.

2. El 11 de septiembre de 1973

El domingo 9 de septiembre fue un día que resumió las tensiones del momento y las prácticas cotidianas de tiempos normales en un país que en ese momento seguía siendo un símbolo de respeto por la democracia. Al medio día, el entonces Secretario General del Partido Socialista Carlos Altamirano, acompañado de Miguel Enríquez y Oscar Garretón, pronunció un encendido discurso en el Estadio Chile (hoy Víctor Jara), denunciando la conspiración que se tramaba en la Armada con el propósito de derrocar al presidente Allende. Fue aún más lejos, leyó una carta escrita por marinos y suboficiales en la cual denunciaban las torturas a que eran sometidos por declararse anti golpistas. Según algunos analistas, el discurso de Altamirano habría sido el golpe de gracia que condenó al gobierno de la Unidad Popular. Su suerte habría quedado sellada ese mañana.

Sin embargo, ese mismo día por la tarde, el Estado Nacional se repletó de hinchas que acudieron a despedir a la selección chilena que partía a Moscú a disputar con la Unión Soviética un partido decisivo en su afán por llegar al Mundial de Fútbol que se realizaría en Alemania al año siguiente. Los 70 mil espectadores que repletaron las gradas del Estadio parecían no tener la más mínima preocupación por lo que estaba ocurriendo en el país.

Al día siguiente, El Clarín, diario popular según propia declaración, se refirió en la portada a la intervención de Altamirano con un título en la portada que señalaba “Sensacional discurso. Altamirano, el pueblo manda: el PS a la pelea”; y, en la misma portada agregó otro título que señalaba “La Roja goleó a Puerto Alegre”. Chile había jugado con una selección de aquella zona, a la que vapuleó sin compasión: 5 por 0.

Ese mismo lunes, La Tercera informaba que Altamirano había reconocido ante el pleno del Partido que se había reunido con los marinos y, en la misma portada, daba cuenta de la goleada de la selección al agregar “Que se afirmen los soviéticos”. En un pequeño recuadro, el diario anticipó una noticia de lo que vendría muy pronto. “Plantea la DC. Junto a Allende debe renunciar todo el Congreso”. En los días más oscuros de ese Partido, la DC no titubeaba en sumarse a los afanes golpistas de la derecha económica y política más dura.

La verdad es que no recuerdo haber escuchado el discurso de Altamirano, aunque supe ese mismo día lo que había planteado en el Estadio Chile. Habitualmente el domingo salía de mi casa hacia las 10 de la mañana con Claudio y Pablo, nuestros dos hijos, muy pequeños en ese tiempo, a caminar por la Avenida Brasil durante un par de horas, mientras Julia preparaba el almuerzo sin apuro alguno. A pesar de mi interés por el fútbol, no recuerdo en absoluto ese partido de despedida de la selección, pero estaba muy consciente de los difíciles días que vivíamos en ese momento.

Lo que sí tengo muy claro es que ese lunes hacia las 14.30 horas regresé a la Universidad para continuar mis labores. Como quedaba en Playa Ancha, pasé por la Avenida Altamirano y me sorprendió ver frente a las dependencias que tiene la Armada, antes de llegar a la Caleta del Membrillo, a toda la tropa en traje de campaña apostada a un costado de la calle. Lo comenté con algunos compañeros, pero me señalaron que no tenía nada de extraño porque al día siguiente esos marinos salían a la Operación Unitas con la Armada Norteamericana. De todas maneras, al despertar cada mañana lo hacía con la certeza de que Allende había ganado otro día más a la espera del jueves 13, fecha en que desde la Universidad Técnica del Estado convocaría a un plebiscito destinado a que todos los chilenos decidiéramos el rumbo del futuro, conforme a la Constitución.

El martes 11 me levanté a las 6 de la mañana porque debía llegar a la Universidad a las 7 para retirar unos cuadernillos que usaría en la clase de ese día. Por la noche se sintieron en el Puerto varios bombazos. Ingenuamente pensé que las fuerzas de orden habían intervenido locales clandestinos de Patria y Libertad para frenar los atentados que se cometían diariamente. En mi intento por dirigirme a la Universidad no alcancé a llegar a la calle Condell. Los marinos tenían tomada la ciudad y bloqueados todos los accesos al Plan, sólo podían seguir su camino los funcionarios de la Armada y de la salud. Yo pedí que me dejaran avanzar una cuadra para retirar un Fiat 600, muy viejo, que dejaba todas las noches junto a una bencinera a cuyo bombero lo encargaba. No hubo caso. Las órdenes eran perentorias y casi violentas: vuelvan a sus casas y escuchen las noticias en las radios.

Creo que por fortuna tenía descompuesta la mía, sólo a ratos podía escuchar las pocas noticias que se difundían, el resto eran marchas militares. Digo por fortuna, porque mi primera intención fue colocarla junto a una ventana que daba directamente a la plaza Bellavista, donde se concentraba la gente que se dirigía a sus trabajos. En el tocadiscos de esa radio había puesto *La Internacional*. Si hubiese logrado mi propósito, seguramente no estaría escribiendo estas líneas.

No tengo claro si esa mañana escuché el mensaje de Allende difundido por radio Magallanes en el momento mismo de su transmisión. Prontamente fue silenciada junto a la radio Corporación. Las noticias eran confusas. Tampoco recuerdo bien como circuló un rumor que hablaba de una marcha que había iniciado el general Prats desde Concepción con tropas que impedirían el golpe. Las pocas noticias que tenía las lograba por una radio a pila que encendíamos sólo por momentos para evitar agotarnos. Hacia las 2, por radios argentinas, nos enteramos de la muerte de Allende. Todo estaba perdido.

Por la tarde se pudo salir a la calle hasta las 18 horas para que la población se abasteciera de los alimentos básicos. Por milagro empezaron a aparecer todos los productos acaparados que había sido tan difícil conseguir en los meses anteriores. Las calles estaban copadas por marinos, muchachos jóvenes de las distintas escuelas de oficiales y tropa. Esa tarde ya estaba en circulación el *Mercurio de Valparaíso* y *La Estrella*. En la primera página de la última aparecía con un gran titular la noticia del “suicidio de Allende”. Tengo clara la imagen de un joven que vestía traje de marino a quien le mostré la página increpándolo: esto fue lo que lograron. El muchacho sonrió sin decir palabra alguna. Todos ellos provenían de sectores populares, hijos de cabos, sargentos o trabajadores. En un país de la tradición chilena, creo que nunca pensaron disparar contra civiles. Estas acciones deben haberse multiplicado, porque el jueves 13 se informó que quien ofendiera a las fuerzas armadas sería fusilado en el acto, sin aviso previo. Algunos marinos llevaban un brazalete con una calavera, señal de que dispararían sin escrúpulo.

El miércoles 12 logramos reunirnos algunos compañeros de la Universidad en un local destinado a sus oficinas de comunicación. Allí trabajaban Pepe Correa y Pancho Rojas, ambos socialistas. Destruimos cuanto papel nos pareció sospechoso. Por las tardes nos juntábamos un grupo más reducido, reuniones que mantuvimos hasta el viernes 14. Nos despedíamos antes de las 6, hora en que empezaba el toque de queda. Los que nunca faltaron fueron Adolfo Bisama y su compañera, con quien hasta el día de hoy forman un matrimonio que vive cerca de nuestra casa en Villa Alemana. Hace pocos años publicó junto al profesor Norberto Flores el libro “El Relato Testimonial Chileno 1973 – 1989”, que tuve el honor de prologar y presentar en la Biblioteca Severín de Valparaíso y el Museo de la Memoria de Santiago.

Estas reuniones terminaron abruptamente el viernes 14. Cuando se estaba despidiendo Adolfo, se inició una balacera en Valparaíso que se habría repetido en otras ciudades. Respecto de lo ocurrido en el Puerto, escuché posteriormente en Inglaterra diversas versiones. Inicialmente circuló la noticia de que algunos compañeros se habrían apoderado de algunos vehículos en la Avenida Argentina y habrían avanzado hasta una comisaría de carabineros ubicada en la Avenida Brasil, que atacaron sorpresivamente. Un trabajo de tesis presentado en el Departamento de Ciencias de la Comunicación y de la Información de la Universidad de Playa Ancha por los estudiantes José Miguel Burgos y Maryan Henríquez con el título de “Reconstrucción del día 14 de septiembre de 1973 a partir de la memoria oral”, publicada en la Revista Tesis de la misma Universidad, confirma lo de la balacera en la Avenida Argentina, pero agrega detalles que desconocía hasta su lectura. La acción fue preparada en Playa Ancha por algunos militantes del Partido Socialista y del MIR, junto

con otros grupos instalados en distintos lugares de la ciudad. El día y los horarios se fueron modificando de acuerdo a las circunstancias. El día 14, al medio día, al enterarse de que los servicios de inteligencia de la Armada estaban al tanto de lo que se estaba preparando, decidieron entrar en acción.

Señalaba que momentos antes de iniciarse la balacera habían salido de la casa Adolfo y su compañera. Frente a nuestra vivienda disparaban desde el cementerio de disidentes ubicado en las cercanías de la Plaza Aníbal Pinto; además, la comisaría de la Avenida Brasil tampoco estaba mucho de nuestra casa. Nos refugiamos con Julia, nuestros hijos y una joven que nos ayudaba en los quehaceres domésticos, en las piezas interiores de la casa, a la espera de lo que pudiera ocurrir. Los diarios de Valparaíso informaron profusamente lo ocurrido. *El Mercurio* publicó al día siguiente una información que transcriben José Miguel Burgos y Maryan Henríquez, que textualmente señalaba:

“Varios comandos suicidas, integrados por elementos terroristas de extrema izquierda, en una acción debidamente coordinada, pretendieron ayer tomarse los cuarteles de varias unidades militares y de Carabineros de Valparaíso, lo que motivó una intensa balacera, cuya mayor intensidad se registró entre las 19 y las 21 horas, provocando una extraordinaria alarma pública en los barrios en que se originaron estos sucesos, a la vez que una inusitada congestión de tránsito, ya que quedaron cortadas las principales arterias de Valparaíso y de comunicación con Viña del Mar”.

En los días previos, ese mismo diario, junto con *La Estrella*, entregaron otras informaciones sobre lo que estaba ocurriendo en el país. No informaban de una resistencia propiamente tal, pero daban cuenta de las tensiones del momento. A partir de ese momento, la Junta de Gobierno ordenó un estricto control y censura a la prensa. Años más tarde tuve la oportunidad de conversar en Lima con el gran historiador peruano Franklin Pease, quien me comentó lo dramático que debió ser para nosotros el Golpe y cuánto lo habían lamentado en el Perú; sin embargo, agregó, “ahora están sufriendo lo que pasó con nuestros abuelos cuando el Ejército chileno invadió Lima”.

Los días siguientes fueron de incertidumbre. Como señalé recién, dejamos de reunirnos, cuidamos mejor nuestros contactos y nos refugiamos en nuestros hogares. Como algunos francotiradores dispararon desde la Universidad de Playa Ancha hacia la Escuela Naval, la Universidad fue cerrada inmediatamente. A la semana siguiente se nos avisó que debíamos acercarnos a la Escuela de Derecho. La mayoría no quiso ir por temor a ser

detenidos; algunos que fueron recibieron un anónimo que decía que estaban expulsados de la Universidad por tres razones: a) papeles encontrados en allanamientos, b) militancia política, c) declaración de detenidos. A todos se les pidió que lo difundieran entre todos los profesores conocidos. Yo tuve uno mis manos, que lamentablemente perdí. Nos suspendieron de inmediato los sueldos, septiembre ya no lo pagaron.

Hasta el momento de empezar a escribir estos recuerdos había buscado en el Archivo de la Universidad de Chile en Santiago, el documento que acreditara nuestra exoneración después del golpe. Se me informó que esos papeles se habían quemado y no pude acogerme a los beneficios que otorgó el Estado por nuestras exoneraciones. Sólo pude lograrla luego de mi segunda expulsión de la Universidad el año 81. Sin embargo, recientemente, mi amigo Igor Goicovic me hizo llegar el documento que se encontró en el Archivo de la Universidad de Playa Ancha, junto a los nombres de otros profesores y funcionarios que cumplieron la misión de delatar a quienes fuimos expulsados en ese momento. El documento que reproduzco a continuación incluye sólo a mis compañeros más cercanos que trabajaban en el Instituto de Estudios Históricos y Filosóficos. La lista de las otras unidades académicas es de ocho páginas. Es increíble cómo se dismanteló la Sede de la Universidad de Chile de Valparaíso.

UNIVERSIDAD DE CHILE
SEDE DE VALPARAISO

REF.: TRANSCRIBE DECRETO DE RECTORIA N°2.765
DE 3-6-74.-

OFICIO N° 1233

VALPARAISO, 8 de julio de 1974

Para su conocimiento y fines a que haya
lugar transcribo a Ud. Decreto de Rectoría N°2.765 de 3 de junio ppdo. cuyo tex-
to es el siguiente:

" TRANSCRIBE DECRETO N° 2.765

" SANTIAGO 3 de junio de 1974

" Con esta fecha la Rectoría de la Universidad ha expedido
el siguiente decreto:

" a) Los oficios n°s 0733, de 10 de mayo de 1974 y oficio
0799, de 20 de mayo de 1974, de la Vicerrectoría de Valparaíso, mediante los
cuales se deja constancia que las personas que se incluyen en las nóminas adjun-
tas a dichas comunicaciones han dejado de pertenecer a la Universidad o no se les
ha renovado su contrato, por motivos de interés universitario.

" b) La necesidad de garantizar una armónica convivencia uni-
versitaria que permita el libre e íntegro desarrollo de las distintas funciones
universitarias a nivel académico, no académico y estudiantil.

" c) El imperativo de lograr una docencia objetiva y pluralis-
ta; evitar el uso de la función universitaria con fines proselitistas y sectarios;
exigir el cumplimiento efectivo de los planes y programas propios de la función
universitaria e imponer el cabal cumplimiento de las obligaciones y deberes que
conlleva la calidad de funcionarios de la Universidad de Chile.

" d) Lo dispuesto en el decreto N°1.309, de 1° de abril de
1974 de esta Rectoría,

" e) Las facultades que me otorga el decreto N°111, de 9 de
noviembre de 1973.

" D E C R E T O

" 1) Declárase que las personas que a continuación se señalan
han dejado de pertenecer a la Universidad de Chile o no se les ha renovado su
contrato, por motivos de interés universitario.

A LOS SEÑORES
VICERRECTOR
SECRETARIO DE SEDE
DECANOS
DIRECTORES DEPARTAMENTOS
JEFES ADMINISTRATIVOS
ENCARGADOS DE PERSONAL
ARCHIVO
OFICINA DE PARTES
PRESENTE.-

Universidad de
Playa Ancha

Copia fiel del Documento que se
encuentra en el Archivo General.

//.-

DUEÑO. ESTUDIOS HISTÓRICOS Y FILOSÓFICOS.

BENAVIDES NAVARRO, LEOPOLDO ELADIO	(Rol)
FERNANDEZ DIAZ, OSVALDO	(Rol)
BASCUR TELLO, RODOLFO ALEJANDRO	(Rol)
BELGADO LOPEZ, HECTOR	(Rol)
ESPINOZA SILVA, MARGARITA	(Rol)
FIGUEROA UBACH, FELIX FRANCISCO	(Rol)
MELLENDEZ VERGARA, LUIS JAIME	(Rol)
OLIVAREZ TRIBARKEN, ITAMAR ROMELIO	(Rol)
REY RUBILAR, FRANCISCO RAFAEL	(Rol)
ÁGUILA SCENEISSER, ADELFO DEL CARMEN	(Rol)
DURAN ESCUDERO, DIEGO SEGUNDO	(Rol)
FLORES MARAGAÑA, ELISA AMERICA	(Rol)
GUTIERREZ BRICEÑO, RICARDO ANTONIO	(Rol)
LIZANA SILVA, GLADYS TERESA	(Rol)
MOYA BRICEÑO, JUAN BAUTISTA	(Rol)
PINTO RODRIGUEZ, JORGE MANUEL	(Rol)
ROJAS ROJAS, SERGIO FERNANDO	(Rol)
SAAVEDRA PINO, DESIDERIO JESUS	(Rol)
UGARTE TELLO, FRANCISCO JAVIER	(Rol)
VUSEKOVIC ROJO, SERGIO	(Rol)
BASUALTO BELGADO, FERNANDO	(Rol)
CARTENS SOTO, FEDERICO AEDON	(Rol)
LILLO SANTANA, AXA YUVITZA	(Rol)
ORTEGA MARTINEZ, LUIS MARCELO	(Rol)
GARCIA MARTINEZ, CARLOS IGNACIO	(Rol)

" 2) Además, se poner término a todo cargo función, empleo y/o servicio, de planta, a contrata, a honorarios, convenios y/o ad honorem que desempeñen en la Universidad de Chile.

" 3) Dese cumplimiento, respecto a estas personas, a lo establecido en el Decreto N°1.309, de 1°da abril de 1974 de esta Rectoría, en su caso.

" Tómese razón, regístrese y comuníquese.

" CESAR RUIZ DANYAU
RECTOR DELEGADO "

Saluda atentamente a Ud.,

GUILLELMO SCHISSLER QUEZADA
SECRETARIO DE SEDE

GSCHQ./alm.

Al revisar el listado anterior, no puedo ocultar la emoción al recordar a Leopoldo Benavides, Héctor Delgado, Jaime Villegas, Itamar Olivares, Diego Durán, Gladys Lizana, Sergio Rojas, Federico Cartens, Luis Ortega, Adolfo Águila, Mercedes Córdova y Fernando Rodríguez (el tío Rodríguez, como lo llamábamos cariñosamente, uno de los profesores más queridos del Pedagógico); varios de ellos compañeros desde los tiempos de estudiantes en el Pedagógico y otros exalumnos; sin embargo, quisiera mencionar especialmente a Axa Lillo, en aquellos años una esforzada estudiante que se desempeñaba como mi ayudante. Nunca supe que haya tenido participación alguna en actividades políticas, aunque su adhesión a la Unidad Popular debió ser muy manifiesta; igualmente a Félix Figueras, que en el listado aparece como Figueroa, también colaborador mío en un Proyecto que dirigía Carlos Foresti, y a Carlos García, un profesor de Enseñanza Básica que con mucho entusiasmo se matriculó en la Pedagogía para obtener su título de Profesor de Estado, ayudante y colaborador de algunas cátedras en 1973. De otras unidades académicas figuran varios con los cuales tuve estrecho contacto, entre ellos Patricio Cerda, Francisco Rojas, Carlos Foresti, Nelson Osorio, José Varela, Juan Marambio, Adolfo Bisama, Raúl Páez, Raúl Fredes y María Angélica Sarmiento. Como en el listado falta una página, seguramente se escapan algunos nombres.

La mayoría fuimos víctimas del miedo. Los temores aumentaron cuando supimos de la muerte de Luis Sanguinetti y más tarde del querido Coño Figueras. Detuvieron a Itamar Olivares; Patricio Cerda optó por refugiarse en unos entretechos de una casa mientras era buscado por su calidad de Director Regional de INACAP. Debo haberme reencontrado con él a fines de año. Hubo una situación que aplacaba mis miedos. La casa en la cual vivía debía estar registrada como la de un comandante de la Armada por una circunstancia absolutamente fortuita. Cuando retornamos a Valparaíso después de cuatro años de vivir en San Felipe, una de las secretarías de la Universidad al enterarse que buscaba una casa para arrendar me puso en contacto con un amigo de su familia, el señor Rivas que vivía, en ese entonces, en el Edificio del Espíritu Santo, frente a la Plaza Victoria. Fui a conversar con él y llegamos rápidamente a un acuerdo. La casa quedaba, como también lo dije, en la subida Principal, creo que se llama General Mackenna, a un par de cuadras de la calle Condell. En enero del 73 se acercó a la casa un oficial de la Armada que se presentó como el Comandante Rivas, hijo del señor Rivas que me había arrendado la casa. Me señaló que debido a la inflación era justo que ajustáramos el valor del arriendo. Llegamos de inmediato a un acuerdo y nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Hurgando en una especie de buhardilla encontré allí varios textos de la Armada y entre los libros el famoso en aquellos años “Frei, el Kerensky chileno”. Por otra parte, mi suegro había jubilado como suboficial mayor de la Armada en 1968, lo que me hacía pensar que, en caso de algún problema, podría recurrir a él.

A veces salíamos con él en mi viejo Fiat 600 y un par de veces nos detuvieron. Mi suegro sacaba su identificación e inmediatamente nos dejaban pasar. Sin embargo, una noche experimentamos momentos terribles. Hacia las 10, sentimos en el techo las botas de los marinos y gritos que decían “aquí es”. Nos acompañaba una de las hermanas de Julia a quien el toque de queda la sorprendió en la casa. En ese momento destruí mi carnet de militante del PS, fue lo único que atiné a hacer. Tenía en mi escritorio las obras completas de Lenin, 52 tomos, varias obras de Marx, otras de Stalin, haberlas quemado habría sido auto denunciarme por la hoguera que iba a provocar. Mi mayor temor no era la detención, mis miedos tenían que ver mi capacidad para resistir las torturas y transformarme en un delator. Por suerte, pasada una media hora se retiraron. Por esos mismos días, otra noche, nos despertaron unos disparos en la puerta de la casa con un grito desgarrador: “¡Ay, mamita, me mataron!”. Al día siguiente aún quedaban manchas de sangre en la calle.

Nuestra situación económica se tornó delicada. Julia mantuvo unas clases en el Liceo 2 de Niñas que conservó gracias a una profesora que dirigió mi práctica profesional en ese mismo Liceo y que estaba al tanto de lo que nos había sucedido en la Universidad. Su

ayuda fue vital. Al menos teníamos un pequeño ingreso al que sumamos algunos ahorros. Iba dos veces por semana al mercado de la plaza Echaurren a comprar huesitos de vacuno, algunas verduras y lo más necesario para preparar los alimentos. La niña que trabajaba con nosotros siguió acompañándonos, sabiendo que no le podíamos pagar. A mediados de noviembre llegó mi padre de Antofagasta con alguna ayuda que le dieron mis hermanos que no perdieron sus trabajos. Logramos sobrevivir sin grandes urgencias.

A fin de año, en la Universidad nos pagaron los sueldos con efecto retroactivo y el documento que acreditaba nuestra exoneración. Eso alivió la economía familiar, mientras buscaba trabajo. El pago de diciembre vino acompañado de otra buena noticia.

3. Alistador y empleado de adquisiciones en una empresa constructora

Un hermano de Julia que era jefe administrativo en una obra en Quilpué, le señaló a los arquitectos a cargo de la construcción que requería un ayudante debido al recargo de trabajo. Se estaban construyendo tres bloques de departamentos que demandaban distintas tareas que solo no podía abarcar. Los convenció y les habló de mí. Les dijo que era su cuñado, que había trabajado de ayudante de un contador en el norte, que se fugó después del golpe, dejándolo cesante, con deudas de salarios e imposiciones. El 2 de enero empecé a trabajar como alistador en esa construcción, ubicada en Quilpué, frente al lugar donde está ahora su terminal de buses. La empresa se llamaba Arquín y pertenecía a don Modesto Collado, el exministro de Eduardo Frei Montalva, cuyas oficinas estaban en Santiago.

Mis funciones eran muy simples. Al llegar en la mañana, a las 8, debía recoger las tarjetas que los trabajadores marcaban indicando su hora de ingreso. Luego escribir a máquina la lista de ellos y pasar constatando por toda la obra su presencia. Hacia las 10 llegaban los camiones con los materiales requeridos. Esa labor terminaba al mediodía, hora en que se detenían las faenas para el almuerzo. Hacia las tres, de nuevo la ronda y a las 5 retirar las tarjetas para confirmar que coincidía con la lista hecha en la mañana. De vez en cuando hacía firmar las salidas de algunos trabajadores por motivos justificados y registrar su reintegro, con las horas del intervalo. Esas tareas eran tan sencillas que las hacía en corto tiempo, el resto lo ocupaba en leer. Terminé de revisar varios tomos de los 20 de la Historia de Encina que había dejado inconclusos.

A la tercera semana, uno de los arquitectos me descubrió leyendo, se dio cuenta, además, que escribía sin faltas de ortografía y que algo le impedía tratarme como a los demás trabajadores. Por lo mismo me solicitó que revisara dos cuentas bancarias de la empresa que operaban con dos nombres de Arquín y Alzaprima. Esta última tenía una obra

en el Belloto, más precisamente en la población Comandante Araya. Ambas llevaban cuentas separadas en el Banco de Crédito de Inversiones de Quilpué. Se había producido un problema que desajustó las cuentas de las dos, que nadie pudo resolver. Esa tarea correspondía a quien elaboraba las planillas y las cuentas de los gastos, el más competente en esas materias, según se decía en la obra; sin embargo, esa vez no pudo resolver el problema. El arquitecto me enseñó como se manejaban las cuentas corrientes, los depósitos, cobros y otras cosas más. Al día siguiente me reuní en el Banco con el ejecutivo para revisar las cartolas. Yo ya tenía cuenta en el Banco O'Higgins de Valparaíso y antes había tenido otra en el Banco del Estado de San Felipe. Nos demoramos 15 minutos en descubrir que un depósito que debía ir a una cuenta fue a la otra, se hicieron los traspasos y quedó todo resuelto.

En su nueva visita, el arquitecto me dijo que estaba en condiciones de asumir mayores responsabilidades y me ofreció trasladarme a Barquito, el poblado vecino a Chañaral, como jefe administrativo de otra obra de la empresa, con un mejor salario y con gastos de traslado cada dos meses a Valparaíso para ver a mi familia. La oferta era atractiva, pero ocurrían dos situaciones que me impedían moverme del Puerto. Por una parte, tenía unas horas de clases en la Escuela de Administración Aduanera que dependía de la Facultad de Derecho, donde nadie me conocía. Por este hecho, empecé a recibir cartas que me indicaban que debía reintegrarme a mis clases en marzo. Eso, finalmente no ocurrió, porque cuando ya me habían asignado el horario, muy compungido el director de la Carrera me señaló que había sido expulsado de Universidad y que eso se hacía extensivo todas las facultades. El otro motivo era más importante, ya estaban llegando al Consejo Latinoamericana de Ciencias Sociales (CLACSO) los antecedentes de todos los profesores universitarios exonerados por razones políticas para incluirlos en listas que se enviaban a universidades extranjeras que estuviesen dispuesta a solidarizar con nosotros.

Hablé con el arquitecto, le agradecí su oferta, pero le dije no que podía aceptarla porque tenía dos hijos menores que me necesitaban en casa. De inmediato me pidió como favor personal que me fuera a trabajar a la oficina matriz en Santiago como ayudante de adquisiciones. Me ofreció un salario equivalente al de un profesor secundario, pero con beneficios adicionales: una casa para trasladarme con mi familia. Me convenía y acepté. Como ya había retomado contacto con Patricio Cerda, le comenté la oferta y me dijo que me fuera a la casa de su suegra donde él vivía con su esposa y su hija mayor recién nacida. Viví allí dos semanas, el viernes por la tarde volvía al Puerto. Conversé con el arquitecto y le pedí cambiar el pago del arriendo por pasajes. Me daban cada semana 5 pasajes de Valparaíso a Santiago, ida y vuelta, con el compromiso de estar a las 9 de la mañana en la

oficina y salir a las 5 y cuarto, lloviera o tronara, para tomar el Andes Mar Bus que recogía pasajeros en la calle Agustinas. Una sola vez llegué una hora más tarde porque me quedé dormido.

Esos arquitectos y el mismo ingeniero Modesto Collado fueron excelentes personas. De don Modesto, su hijo Alberto y don Isidoro Loi tengo los mejores recuerdos. Muchos años después me encontré en Villarrica con el abogado Alberto Collado, hijo del arquitecto que conocí en Quilpué. Le comenté mi experiencia con su padre. Cuando el Colegio de Ingenieros de Chile le rindió un homenaje a don Modesto, me invitaron a la ceremonia, lamentablemente no pude asistir. Con ellos descubrí que la generosidad no tiene militancias políticas.

4. De alistador a micro empresario

En la empresa Arquín adquirí rápidamente lo que requería para desempeñarme como ayudante de adquisiciones. Mi jefe era un Constructor Civil, de mucha confianza de los dueños de la empresa. A los dos meses me desenvolvía con absoluta independencia. Me transformé en un pequeño experto en el rubro, a tal punto que me hice cargo de algunas obras, una población en la Florida, el complejo Comandante Araya del Belloto y el Casino de la UTE, contiguo a lo que es hoy el Planetario. Me llegaban directamente los pedidos, negociaba precios y presentaba las tres primeras ofertas para que don Modesto tomara la decisión final, firmara las órdenes de compra y recibiera las facturas para su pago. Una sola vez cometí un error que retardó el pago de una estas, don Modesto me lo hizo saber y me pidió que no volviera a cometer ese error.

Una vez al mes debía visitar las obras, constatar que se habían recibido correctamente las compras y revisar las bodegas para comprobar la existencia de esos materiales. Trabajaba en una de estas obras un Constructor Civil que me ayudó mucho, me enseñó varias cosas relativas a la construcción, a calcular el rendimiento de los materiales y, sobre todo, lo concerniente a las maderas y el fierro, sus diferentes tipos y dimensiones. Es algo fácil de manejar, pero para mí, que nunca me había desempeñado en esas funciones, su ayuda fue muy útil. Ese Constructor Civil, cuyo nombre lamentablemente no recuerdo (creo que se llamaba Antonio), me dejó muy gratos recuerdos, tenía un cierto espíritu paternal, cuando bordeaba los 55 años, 25 más que yo. Su bondad y cordialidad no se olvida.

En la oficina central había un ayudante de contabilidad muy joven que se enteró que mi esposa era profesora de Matemáticas y Física del Liceo 2 de Niñas de Valparaíso. Le costaba entender que una profesora de esas materias estuviese casada conmigo, que apenas

había terminado algunos cursos de enseñanza media. Nunca se lo pude explicar, aunque debe haberse enterado cuando supieron en la empresa que partía a Inglaterra a cursar mi doctorado. Muchas de las salidas a cotizar las aprovechaba para reunirme con Patricio Cerda e ir a CLACSO, que ya había tomado contacto con nosotros, para informarnos de cómo marchaban las posibilidades de continuar nuestros estudios en universidades extranjeras. También acudía a veces Leopoldo Benavides.

Mi trabajo en Arquín me permitió resolver los problemas más urgentes aquellos días. Creo que en los momentos más difíciles siempre aparece una mano protectora que nos ayuda. El comandante Rivas decidió vender la casa que arrendábamos en Valparaíso a un comerciante de una tienda comercial, que se acercó a conversar conmigo. Me señaló en noviembre del 73 que estaba dispuesto a no cobrarme arriendo con el compromiso de entregarle la casa los primeros días de marzo. Mi suegro tomó contacto con un suboficial de la Armada que se acogía a retiro y desocupaba la casa que arrendaba en Viña del Mar, en un excelente sector, en la calle Peñablanca, a una cuadra del Mercado y a unas cinco del centro. Consiguí que me recomendará a la dueña y ya en marzo teníamos donde vivir. La dueña era una señora italiana viuda, que tenía un negocio en la esquina de Peñablanca con Arlegui y unas dos casas vecinas. Una de estas fue la que se desocupó. La Sra. Rosita era de esas típicas italianas, de voz fuerte y aparentemente dura, pero de gran corazón. Vivía sola con una empleada, muy cariñosa también.

Sin embargo, las dos cosas más importantes en ese momento fueron mi amistad con Rigoberto Tagle y las noticias que recibí de CLACSO. Rigoberto Tagle, dueño de PROVINCO (Proveedora de la Industria de la Construcción) era uno de nuestros proveedores favoritos en Arquín. Don Alberto Collados y don Isidoro Loi le tenían mucha confianza. Todos los días llegaba a las 10 de la mañana para ver lo que necesitábamos y cuando no lográbamos conseguir algún material, de inmediato se le llamaba. Siempre resolvía nuestros problemas. Nos hicimos muy amigos y hacia fines de mayo empezamos a conversar la idea de instalar una sucursal en Viña del Mar.

La verdad es que PROVINCO era una empresa de fantasía. Todo se reducía a una pequeña oficina que tenía en la calle Agustinas, muy cerca de las oficinas de Arquín. La atendía por teléfono Betty, su señora. Rigoberto tenía contactos con grandes ferreterías y bodegas de fierro de Santiago, de las cuales era intermediario. Conseguía precios bajos por las cantidades que compraba para revenderlas a las empresas constructoras, cuyo negocio era construir, vender lo que construían y no distraer el tiempo en la compra de materiales. Era un negocio desconocido para mí que aprendí con Rigoberto. En junio tomamos la decisión de abrir una sucursal de Viña del Mar, cuya casa central estaría en Santiago y a

finés de ese mismo mes renuncié a Arquín. Rigoberto me recomendó no trabajar con más de tres empresas, pero darles una excelente atención. Además, tenía autorización para indicar a sus proveedores como parte de la empresa, de modo que parecíamos una institución muy sólida.

Don Alberto y don Isidoro me apoyaron sin reservas. Me señalaron que su tarea era también ayudar a los emprendedores y que sus obras en Quilpué y el Belloto estaban a mi disposición. Además de esas obras me contacté con dos, una que estaba edificando departamentos cerca de 12 Norte con dos Poniente y otra que tenía a cargo la construcción de departamentos en Belloto con unos bloques enviados por la Unión Soviética después del terremoto de 1971. Eran bloques que requerían mucho fierro de distintas dimensiones. Los primeros meses nos fue muy bien. Con la constructora de los edificios de 12 Norte traté la venta de pisos de goma para las escalas. Algunos de esos departamentos se destinarían a oficiales de carabineros. Los conseguimos a precios bajos en una empresa de un compañero del Pensionado que estudiaba Ingeniería Comercial. Los vendí con una buena utilidad. A la semana siguiente me señalaron que el color elegido, inicialmente negro, no les gustó a los oficiales que iban a comprarlos y me pidieron si los podía conseguir verdes. Viajé a Santiago, conversé con mi compañero del Pensionado, quien me dijo que no había problema, sólo bastaba cambiar la tinte para teñirlos y me vendió la misma cantidad al mismo precio. Los llevé a la obra y los compraron encantados, pero a un precio mayor argumentando que eran más caros. Me devolvieron todos los pisos negros, que amontóné en mi casa. Todavía quedan algunos.

El negocio del fierro era más espectacular. La demanda provenía de la empresa que construía los bloques del Belloto. Se compraba por cantidades, 30 toneladas por vez. Ignoro si será adecuado comentar el funcionamiento del negocio y si todavía se practica. Son las trampas del sistema. Hubo veces en que llevaba tres camiones de 10 toneladas cada uno, los que debían ser largos por la dimensión del fierro de acuerdo a sus especificaciones. La operación empezaba en la bodega desde donde se retiraban, no sé cuántos estaban enterados de lo que ocurría, pero si comprábamos 30 toneladas, una quedaba allí, sólo salían 29. Era el primer "peaje". Después había que pagar el segundo en las pesas de la carretera que debían certificar que iban 30 toneladas. Allí quedaba otra cantidad, de manera que a la obra se llegaba casi con un 10 o 20% menos. La primera vez que hice esa operación llegué a la obra traspasando, poco acostumbrado a esas prácticas. Lo que desconocía era que las entregas se hacían generalmente en la tarde, a los obreros lo único que les interesaba era descargar el fierro y que en ninguna obra había pesas para controlar su peso verdadero, sólo bastaba el pesaje que llevábamos registrado: 30 toneladas. En las obras de Arquín nunca

toleramos esas trampas. Por eso Rigoberto se había ganado su confianza. Era honrado, pero debíamos someternos a las condiciones imperantes en las ventas. Entregamos fitting para baños, y artefactos del mismo tipo, por cantidades también altas. Maderas no vendí nunca. Para nosotros, las utilidades, que repartimos conforme a lo tratado, eran excelentes. El primer mes, cuando llegué a casa con las utilidades obtenidas, la cifra era impensable, casi diez veces mi sueldo. A los dos meses cambiamos nuestro viejo Fiat por otro más nuevo. De todas maneras, me seguí reuniendo con algunos compañeros, con Patricio Cerda en Santiago y Leopoldo Benavides en Viña del Mar, en busca de horizontes que nos acercaran a nuestras actividades académicas.

Lo segundo que ocurrió en ese momento fue más gravitante. En agosto recibí un telegrama indicándome que fuera lo antes posible a CLACSO. Viajé al día siguiente, donde me informaron que había recibido una oferta de la Universidad del Estado de Washington de Estados Unidos y simultáneamente otra de la Universidad de Southampton, en Inglaterra. Me señalaron que la segunda era mejor, iba con la beca del World University Service, Sección Chile, que implicaba el traslado de toda la familia. Se nos dijo que teníamos que salir por Buenos Aires a través del Comité de Migraciones Europeo, hacia donde nos trasladarían, aunque luego lograron embarcarnos en Santiago.

Durante ese año la Historia pasó a un segundo plano. Tenía otras urgencias que atender; sin embargo, casi no tuve dudas, los negocios en Chile eran buenos, pero la Historia seguía presente. Lo conversé con Sergio Villalobos, a quien fui a visitar para contarle el ofrecimiento que habían recibido, tuvo dudas, me señaló que los estudios podían postergarse. Inesperadamente en esos días recibí una carta padre Gabriel Guarda, también Premio Nacional de Historia años más tarde. Estaba terminando su *Historia Urbana del Reino de Chile* y se enteró de mis trabajos en los archivos parroquiales que me pidió se los enviara. Así lo hice y los citó en su obra. Eso fue decisivo para empezar a preparar la salida. A Inglaterra partimos varios compañeros socialistas y comunistas, de Valparaíso, Federico Cartens, Luis Ortega, Hernán Delgado, Alejandro Soto y yo; de Santiago, Gabriel Salazar, Leonardo León y otro compañero del Pedagógico de Santiago, que conocí en San Felipe, cuyo nombre no recuerdo. Mi amigo Patricio Cerda, que aún no tenía su título de profesor, tuvo que quedarse en Chile. Más tarde hizo una extraordinaria carrera en La Serena.

Cuando Luis Ortega llegó a Londres me envió una comunicación avisándome que presentaría su proyecto de tesis en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Afortunadamente pude ir. Su presentación fue notable y su proyecto muy novedoso. Estaba trabajando los cambios que se produjeron en la economía

chilena en la segunda mitad del siglo XIX, en la fase inicial de una modernización inconclusa. Federico Cartens, que también llegó a Londres fue a visitarme con su familia a Fair Oak. Estaba algo desorientado, pronto abandonó sus estudios. Hernán Delgado llegó a Birmingham. Fuimos con Julia y nuestros hijos a verlo. Estaba con su esposa, que era muy amiga de Julia, y sus hijas. Hernán era antofagastino, militante del Partido Comunista. Fue un estudiante muy esforzado, lo conocí en el Liceo de Hombres de Antofagasta, estaba en el curso anterior al mío. Lo conocíamos como el Comisario Nugget, por su color moreno que se acentuaba en el verano, cuando pasaba todo el día en la playa del Balneario Municipal, no veraneando, sino trabajando en un puesto de churros. Fuimos grandes amigos en Valparaíso, amante de la ópera, se ayudaba económicamente trabajando de profesor en colegios nocturnos. Llegó a ser Inspector General de uno, en el cual me pidió que me hiciera cargo de algunos cursos de Historia cuando aún estudiábamos en el Pedagógico.

En aquellos años, los días sábado iba a caminar por las avenidas de Viña del Mar y los domingos en la tarde por las calles de Valparaíso. En una ocasión me llamó la atención una Iglesia Pentecostal por los trances en que caían algunos asistentes cuando oraban. Iba casi todos los domingos a presenciar lo que era para mí un espectáculo que intentaba explicarme. Tengo la impresión que me consideraban un “hermano” más. Cuento esta historia porque en una ocasión una joven se acercó a conversar conmigo. Estudiaba en la Academia Studium, donde trabajábamos Hernán y yo. Me dijo que iba a mis clases y nos hicimos muy amigos. Me habló de la pobreza, de las dificultades para avanzar en la vida y las esperanzas que depositaba en su Iglesia. Me señaló que en esos estados de trance se entregaban a Cristo con la esperanza de la salvación eterna y una vida más justa. ¡Cuánto se aprende de gente humilde que se apega a la vida con esperanzas!

4. El exilio y el regreso a Chile

El lunes 14 de enero de 1975 el despertador sonó en nuestra casa a las 5 de la madrugada. Hacia las 6 y media partimos en nuestro Fiat cargado de maletas al aeropuerto de Pudahuel. Hacia las 14 horas despegamos con destino a Inglaterra. En mi caso, tal vez como en el de muchos, fuimos algo irresponsables al tomar la decisión de salir de Chile. Lo hicimos convencidos de que volveríamos al poco tiempo, tan pronto cayera el dictador. No conocíamos el exilio, la nostalgia por la patria lejana y el desapego que se siente al alejarnos del resto de la familia. Entonces comprendimos lo que significa el exilio.

Al llegar nos esperaba un Comité de Solidaridad con Chile. En un bus nos llevaron a una residencia de un amplio piso, dormitorio común para todos en colchones repartidos en

el suelo. Fueron muy cordiales, atentos y solidarios. Recibimos dinero para comer lo más cerca para no perdernos y nos advirtieron en castellano: compañeros, ahora tendrán que aprender a moverse por sí solos. Nos repartieron los pasajes a nuestros destinos finales con lo suficiente para llegar en taxi y sostenernos los primeros días. Al día siguiente, a las 14 horas tomamos un tren en Waterloo que nos condujo a Southampton. Allí nos esperaba el Dr. Frank Colson y su ayudante, Liova. Hablaban un castellano mezclado con portugués, pues eran especialistas en la Historia del sur del Brasil. El Dr. Colson conocía Santiago, había estado revisando documentación en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores por lo cual pudimos intercambiar algunos comentarios sobre Chile y las diferencias que apreciaríamos en Inglaterra. Finalmente, a las 4 de la tarde estábamos instalados en lo que sería nuestra residencia durante los primeros seis meses. Una hermosa casa en un pequeño pueblo llamado Fair Oak, a unos 20 kilómetros de Southampton.

Los primeros días no tuvimos problemas. El cambio de clima me provocó un resfrío que superé pronto. En esos meses me sumergí en la biblioteca de la Universidad para leer una serie de obras que no conocía en Chile y, por la tarde llevaba a casa novelas de autores latinoamericanos que tampoco conocía. Al mismo tiempo nos inscribieron en un curso de inglés que nos permitió desenvolvemos sin grandes dificultades. Al quinto mes me señalaron que debía trasladarme a Lima o Sevilla trabajar en Archivos que no había explorado. Mi tesis era sobre la población de Chile en el siglo XVIII, para lo cual llevaba documentación del Archivo Nacional y varios archivos parroquiales del Norte Chico. Optamos por Sevilla, aunque aún gobernaba Franco íbamos bajo la protección del gobierno inglés.

Mi estadía en Sevilla fue fundamental para mi carrera, la documentación que revisé en el Archivo General de Indias y el contacto con varios historiadores que cursaban sus doctorados ampliaba mis horizontes. Un destacado profesor colombiano, a quien había conocido en Inglaterra, me recomendó abandonar por un tiempo la documentación que revisaba para mi tesis y gracias a esta sugerencia logré comprender mejor cómo había funcionado la economía colonial.

Mi paso por el consulado de Chile para renovar mi pasaporte fue clave para lo que vino después. No me timbraron la fatídica “L”. Podía volver a Chile, y lo hice tan pronto di mi examen de grado. Tuve una suerte relativa, aprobé el examen, pero me exigieron resolver algunas dudas que se desprendían del texto que presenté. En un año salvé el inconveniente y regresé al país. No fue fácil volver, me señalaron que me exponía innecesariamente y que lo pensara y discutiera con mi familia; sin embargo, la decisión estaba tomada. Después de mí, pudieron viajar desde Inglaterra Luis Ortega, Federico Cartens y Alejandro Soto. Más

tarde retornó de Francia Itamar Olivares. Ya señalé que a Hernán Delgado le perdimos la pista, Pancho Rojas se quedó en México; Ledda Urbani, en Canadá; Carlos Foresti, en Suecia; Carlos Varela, en Estados Unidos; y, Raúl Páez y Gladys Lizana, ambos en México. Estos nombres son los que recuerdo de los exonerados de la Universidad de Playa Ancha en 1973.

Lo que me ocurrió después se puede resumir en pocas líneas. Un año trabajando en La Serena junto a Hugo, uno de mis hermanos; un breve paso por la Universidad de Chile de la Serena, desde donde fui expulsado por segunda vez; tres años vendiendo artesanía en ferias callejeras de Viña del Mar hasta que en 1983 me contrató la Universidad de La Frontera de Temuco. Las sombras del golpe me persiguieron hasta 1988. En 1986 la amenaza de una tercera expulsión nos obligó a retornar a Viña del Mar. Desde entonces y hasta el año 2019, viajaba todas las semanas desde Villa Alemana a Temuco en un viaje de ida y vuelta, que me permitía pasar por Santiago y Viña del Mar, trabajando en diversas universidades del centro del país.

Al terminar estas líneas no puedo dejar de recordar el lunes 2 de abril de 1962. Ese día, en lo que era el local del Pedagógico de la Universidad de Chile de la calle Colón, inicié mi formación de profesor e historiador. Ese Pedagógico forma parte hoy de la Universidad de Playa Ancha.